Telón de Agora

«THE TRIUMPH OF THE EGG» (EL TRIUNFO DEL HUEVO)

Comedia en un acto de Sherwood Anderson.

Esta comedia es un *sandwiche* de vida entre dos trenes de cercanías. La escena muestra un decorado que se divide en dos partes. La mayor, a la derecha, es el restaurante. Al foro derecha, entrada. Es verano. La puerta, con hojas, cierra sólo por una cortinilla de flecos. Al foro, en el centro, una ventana grande por la que se ven borrosamente el andén y un farol. Alumbra el cuarto una lámpara de petróleo con pantalla. En el lateral derecha hay dos mesas y sillas de respaldo recto. Cubren las mesas manteles no muy blancos y el servicio de sal, pimienta, mostaza, azucarero y cenicero. Al lado de la ventana hay estantes con cajas pequeñas de conserva, puros, cigarrillos. El mostrador es paralelo al foro. El extremo del mostrador cerca de la puerta al andén está cerrado, y el que está cerca del dormitorio, abierto. Sobre el mostrador hay platos con manzanas, huevos y bollos. Detrás, ocultas, hay, evidentemente, repisas para platos y una cocina de gas donde hierve el café. En las paredes han puesto: "Deseamos complacerle", "Huevos a todos los gustos". El cuarto pequeño, a la izquierda, es el dormitorio. El bastidor que separa las dos habitaciones forma un ligero ángulo y queda la entrada muy en segundo término. Cortinas baratas de percal cubren el foro en el dormitorio y parecen formar un improvisado ropero. En primer término, un somier con la cabecera al público. En segundo término, una cuna lo bastante grande para Freddie. Hay dos sillas iguales que las del restaurante y cuelga de la pared un ajetreado espejo. Debajo de él una mesita con un aplique. Antes de alzarse el telón se oye el silbido del tren lejano, a la derecha.

El telón sube lentamente y se ve a Joe Kane, a través de la ventana, dirigirse a la puerta y entrar. Mira hacia el tren que llega y al mostrador y, al no ver a nadie, se sienta y lee el periódico. En el dormitorio está el padre sobre una silla recostada en la pared, fumando su pipa. Freddie, de pie, en la cama. Su madre, en camisón y con el pelo suelto a la espalda, le desnuda. El padre, sin atender, fuma embebido en sus ideas, y ella, mientras, habla en tono de cansancio. Freddie es paciente, aunque se aburre.

MADRE. No sé... me estoy cansando de todo esto... Tenemos que prosperar de alguna forma; toda la vida no podemos ser pobres diablos... *(A Freddie.)* ¿Quieres estarte quieto? ¡Siem-

pre enredando...! Que hayamos perdido mucho tiempo en Bidwell no quiere decir nada. Aquí hemos empezado bien y hay que sacarle partido. De nada sirve desanimarse como lo has hecho últimamente: de nada en absoluto. *(A Freddie.)* ¿Quieres dejar de jugar con el botón? Lo vas a arrancar y tendré que cosértelo otra vez. Así se me pasa el tiempo, en cositas. Deja de llorar o voy a darte motivo para que llores. ¡Cállate!... *(Continúa desnudando a Freddie.)* Lo que me preocupa es el chico. Supongo que nunca ni tú ni yo llegaremos demasiado lejos... No creas que me estoy quejando, no; es que creo que podemos hacerlo. *(A Freddie.)* ¡Deja eso ahora! ¡Si vuelvo a verte hurgándote en las narices...! ¡Qué vergüenza! *(Pausa.)* No hay ninguna razón para que no llegue a ser presidente. ¿Por qué no? Cualquier chico americano puede ser presidente. *(A Freddie.)* ¿Quieres sacarte el dedo de una vez?... Cualquier muchacho puede ser presidente si quiere... y no importa que sea pobre. ¡Fíjate en Lincoln y en Garfield! ¡Fíjate cómo llegaron desde abajo a la cumbre! Al principio tenían lo mismo que Freddie, ¿no? ¡Y fíjate a dónde llegaron!

PADRE. *(Sacudiendo la pipa y hablando con calma.)* Oye, mami...

MADRE. *(Continúa sin prestar atención.)* La pobreza no es ningún crimen y es cierto que ha ayudado mucho a hacer presidentes. *(A Freddie.)* ¡Quieres dejar eso! ¡Cuántas veces te voy a decir que no metas los dedos por los rotos! Me vas a volver loca, ¡porra!

PADRE. *(Vuelve a llenar la pipa y la enciende de nuevo hablando con el mismo tono pensativo y tranquilo.)* Oye, mami...

MADRE. *(Sigue hablando sin prestar atención.)* Métete de una vez en el pijama! ¡Vamos!... No voy a esperar toda la noche.

PADRE. Oye, mami...

MADRE. *(Cansada.)* Está bien, ¿qué quieres?

PADRE. *(Fumando y hablando suave y despacio.)* Oye, mami, he estado pensando.

MADRE. *(Sin interés.)* ¿Sí?

PADRE. Sí, señor, he estado pensando... *(Pausa mientras da una chupada.)*

MADRE. Bien, ¿qué has estado pensando?

PADRE. Mami, he estado pensando. He estado inventando un sistema, un gran sistema.

MADRE. ¿Para qué?

PADRE. Sí. Tengo un sistema, mami...; lo tengo todo planeado para hacernos ricos.

MADRE. *(Sin interés.)* ¡Ah...! *(Pausa.)*

PADRE. ¿Quieres que te explique mi sistema, mami? *(Se muestra excitado y se levanta.)*

MADRE. *(A Freddie.)* Ahora tus oraciones, Freddie. Vamos..., ¡de prisa!

(Freddie se arrodilla a la derecha de la cama. El padre vuelve a sentarse y comienza de nuevo a fumar. La madre se

sienta en la cama sin mostrar mucho interés en la oración.) "Me acuesto ahora..."

FREDDIE. "Me acuesto ahora para dormir y al Señor ruego..." *(Para.)*

MADRE. *(Distraída.)* "Que mi alma lleve..."

FREDDIE. Te has equivocado, mamá. "Y al Señor ruego que mi alma guarde." *(Más rápidamente.)* "Si muero antes de despertar, ruego al Señor que lleve mi alma." *(Frenando.)* "Dios bendiga a mamá... Dios bendiga a papá... Hazme un buen chico triunfador y famoso... Amén." ¡Uf!

MADRE. ¡A la cama..., cierra los ojos y duérmete! *(Freddie obedece a su madre, que le está tapando.)*

PADRE. Oye, mami...

MADRE. ¿Qué? *(Vuelve a sentarse en la cama mientras se recoge el pelo en trenzas.)*

PADRE. ¿Quieres oírme el sistema?

MADRE. Si tú quieres...

PADRE. *(Sacándose la pipa de la boca y esgrimiéndola contra ella.)* ¡Mami! ¿Con qué se caza a las moscas?

MADRE. *(Volviéndose hacia él y hablándole por encima del hombro.)* ¿Las moscas? ¿Qué moscas?

PADRE. A las moscas, a todas las moscas en general. Ya sabes...

MADRE. *(Sin interés.)* No sé. ¿Qué es lo que las caza?

PADRE. *(Efectista.)* El vinagre no: ¡la miel!

MADRE. Sí, supongo que sí. *(Pausa.)*

PADRE. Sí, mami, ¡mi sistema es ése!

MADRE. ¿Qué quieres decir con eso de que tu sistema es ése?

PADRE. ¡Miel...! ¡Atraparlos con miel...!

(El silbido del tren se oye cercano, mientras el tren parece haberse parado a la derecha. Joe se levanta y cierra varias veces las hojas de la puerta, pero apenas se oyen los movimientos por el ruido del tren y el que hacen los pasajeros que bajan.)

MADRE. Cazar con miel a quién... ¿a quién?...

PADRE. Clientes. *(Con creciente excitación.)* Mira, mami. Es la miel la que caza las moscas..., las moscas sueltan la pasta. En cuanto empecemos a untar la miel, vendrán las moscas. Habrá pasta. Hay que dejar de poner mala cara al mundo..., tenemos que sonreír, sonreír a cada instante. Tenemos que esparcir la miel. Tienes que ser miel..., tengo que ser miel... Sonreír y hacer chistes. Las sonrisas son las que hacen que el mundo dé vueltas, mami. Sonrisas y miel. No hay hoy día un solo negocio importante en el país que no esté edificado sobre sonrisas, miel, chistes... ¡Esa es la manera de atraparlos! No hemos sido lo bastante alegres, mami; por eso no hemos prosperado. ¡Eso es!

(Durante esta conversación, unos viajeros aparecen en la puerta con carteras y periódicos, avanzan luego hacia el fondo del escenario subiendo una rampa lateral y se les ve desaparecer a través de la ventana del local. El tren parte. El padre continúa.)

En un abrir y cerrar de ojos, mami, tendremos este sitio lleno, de día y de noche, con todo el público de la ciudad.

(Joe anda con pesadez. Silba un poco, carraspea para llamar la atención y luego silba deliberadamente "Un rato estupendo en la ciudad esta noche". No deja de silbar hasta que el padre acaba su discurso.)

¡En un abrir y cerrar de ojos! Hay que sonreírles. Divertirlos. Hacerles sentirse como en su casa... eso es lo que quieren; en especial los jóvenes... Alegre conversación, conversación animada, miel... Te apuesto a que en dos años ampliaremos el negocio y tendremos la mejor casa de comidas del Estado... Vendrán de todas partes, alegres, felices, contentos. Hay que sonreírles y divertirles, mami. Eso es miel. Tenemos que ser ambiciosos; tenemos que poseer más el espíritu americano. Tenemos que atraer a la gente joven; a los jóvenes, mami; eso es. A la gente joven que viene de Bidwell. Necesitan un sitio donde ir. Por eso los muchachos y sus chicas vienen aquí... Te repito que necesitan un sitio donde ir... Todo lo que hay que hacer es sonreírles y entretenerles y nos haremos ricos en un santiamén. ¡Miel, mami, sólo eso!

MADRE. Sí, es posible, no sé. Ya veremos... Pero ha llegado alguien.

PADRE. *(Paseándose fuera de sí.)* Eso es, un sitio donde ir... Animación... Ahora no aceptaría un millón de dólares por esta casa. Hay que ser alegres. Quieren un sitio a donde ir...

(Mientras, Joe ha descubierto una campanilla sobre el mostrador y la agita violentamente.)

MADRE. Te digo que ha entrado alguien. Seguramente uno de los viajeros. ¡Más vale que vayas!

PADRE. ¿Eh? ¿Qué tal? *(Todavía sueña.)*

MADRE. ¡Te estoy diciendo que ha llegado alguien! ¡Mira a ver lo que quieren!

PADRE. ¡Ah, bueno! *(Va abstraído hacia la puerta que da al restaurante. Se detiene de pronto. Da media vuelta y se acerca a su mujer cuchicheando.)* ¡Es Joe Kane! ¡El hijo del médico!

MADRE. Bueno, ¿y qué?

PADRE. *(Bailando casi.)* ¿No te das cuenta?

(Mientras habla se quita con torpeza el delantal sucio, que deja caer al suelo; saca un delantal limpio de detrás de la cortina y se lo ata a la cintura, alisándose el pelo y el bigote con un peine de bolsillo, mirándose al espejo y sacando luego un paño limpio de la cortina y echándoselo al brazo.)

Joe Kane, el muchacho más rico de la ciudad, ¡hay que atraparle! ¡Hay que echarle el guante, mami! Vamos a entretenerle, a sonreírle, a animarle. Volverá con la gente distinguida de Bidwell. ¡Caramba, mami, tenemos una oportunidad! El cielo nos lo envía, mami. Aguarda y verás... Le voy a hacer reír. Miel, mami. Ya verás...

MADRE. Más vale que sigas mi consejo y te dejes de entretenimientos: tú no eres ningún animador... *(Se acuesta cansada en la cama, tapándose.)*

PADRE. Lo que tienes que hacer, mami, es ocuparte de tus cosas. Quizá no sea ningún animador, pero sé un par de trucos que tú no sabes. Y no voy a estar toda la vida cargando con un restaurante de mala muerte. Es la primera vez que ese tipo viene y cuando acabe con él no sólo volverá, sino que va a traer a todos sus amigos. ¡Espérate y verás, mami! Es mi sistema propio y yo sé cómo va a funcionar. Nuestra gran oportunidad es ésta, mami...

(Entra en el restaurante. Joe se ha sentado y lee el periódico de espaldas al padre.)

MADRE. *(La luz se ha hecho más tenue en el dormitorio.)* Sí, quizá... Tengo mis dudas.

(El padre hace un visible esfuerzo para sonreír y estar animado. Se frota incluso las manos. Se para varias veces entre la puerta del dormitorio y la silla de Joe, que es su meta. Cuanto más cerca está de Joe y más tiempo pasa, se desvanecen más rápidamente su sonrisa y su seguridad en sí mismo. Después de una larga pausa, pegado por detrás a la silla de Joe, el padre alza la mano como si fuera a dar una cordial palmada en la espalda de su huésped y la mantiene en alto un momento dudando. Al fin la mano desciende con excesiva fuerza, porque el impacto hace perder el equilibrio a Joe. A Joe se le cae el periódico y sale despedido por un lado, la silla por otro y la pipa del padre en otra dirección. Joe se levanta y los dos permanecen totalmente quietos, mirándose durante varios segundos, expresando en sus caras un asombro total. El padre, por último, da un paso adelante. Joe no sabe si correr a la puerta o tomar una actitud defensiva. Se decide, en parte, por lo último, y durante otro instante los dos se enfrentan de nuevo asombrados e inmóviles.)

PADRE. ¡Caramba, Joe!... ¡Caramba, señor Kane...! Una equivocación... Yo no quería... ¿Le he hecho daño...? Dígame, ¿le he hecho daño...? Soy un tonto; ¡eso es lo que soy...! Deje que le cepille...

(Ha recogido la silla, el periódico y su pipa y lo ha entregado todo a Joe, que lo acepta como en trance, sacudiéndose la ropa él mismo. Al oír el estrépito, la madre salta de la cama y escucha a través del muro. Mueve la cabeza y vuelve desalentada a la cama.)

¡Caramba, no quería...! ¡Ni hablar...! Sólo estaba intentando darle una palmadita en la espalda... amistosa..., muy amistosa. Ahora, ¿cómo se encuentra?

JOE. Me encuentro bien... No se preocupe, olvídelo.

PADRE. ¡Caramba, sólo queremos agradar! Permítame que le traiga un vaso de agua.

JOE. Me encuentro bien... *(El padre trae un vaso de agua maniobrando detrás del mostrador.)*

PADRE. *(Tratando de sonreír de nuevo.)* Siéntese. ¿Quiere un café? Y un puro. ¿Dónde está la pipa? ¿Dónde diablos habré metido la pipa?

(Registra sus bolsillos y mira en el mostrador; padre y Joe buscan luego en el suelo y debajo de la mesa.)

JOE. *(Que ha estado sin darse cuenta con la pipa en la mano.)* ¡Ah! ¡está aquí! Seguramente la cogí... cuando...

PADRE. *(Riéndose.)* Muchísimas gracias. ¿Cómo se encuentra? Una taza de café, ¿quiere? Y un puro, ¿eh? A cuenta mía..., a cuenta de la casa...

(Trae el puro y se lo enciende a Joe; luego va a buscar café detrás del mostrador, mientras Joe se sienta. Joe se muestra muy desconfiado con el puro.)

Una buena taza de café caliente le viene bien a cualquiera... El café es de nuestras buenas especialidades. ¿Qué tal se encuentra ahora?... ¿Bien?

JOE. Gracias. Muchísimas gracias. Estoy perfectamente. Papá está fuera; regresa esta noche y ese maldito tren viene con retraso. De forma que pensé entrar aquí a tomarme un café en vez de irme. No le importa, ¿verdad?

PADRE. *(Trayendo el café a Joe e indicándole el azucarero.)* Está perfectamente, perfectamente. ¡Para eso estamos! Queremos que esto sea de verdad un sitio divertido para todo el mundo. Que todo el mundo se encuentre a gusto. Venga siempre que quiera. Estamos al frente de un establecimiento de primera clase que funciona día y noche...

(Pausa. Joe toma un trago de café y hace una mueca. El padre se apoya en el mostrador y da una chupada a la pipa. Es evidente que se le han acabado las ideas y busca otras con desesperación.)

JOE. ¿Qué tal el negocio?

PADRE. Estupendo..., estupendo... *(Sonriendo con trabajo.)* Mejor cada día. *(Va al mostrador y se sirve café.)* ¡Sí, señor! Tenemos un local de primer orden. *(Poco a poco va enfriándose su inicial entusiasmo.)* ¡Siempre divirtiendo! Y la gente no para de venir. ¡Sí, señor! ¡Estupendo!

JOE. *(Tosiendo ligeramente con el puro.)* ¿Cuántas comidas sirve usted al día?

PADRE. *(A todas luces incómodo.)* ¡Ah...! Bastantes... No tantos desayunos como comidas..., pero bastantes. Entre desayunos, comidas, cenas y reuniones estamos más que ocupados. Sí, señor, a la gente le gusta..., le gusta... la animación que hay aquí.

JOE. ¡Ya! Y ¿desde dónde vienen? No parece haber mucha...

PADRE. ¡Oh! ¡De todas partes...!

(Trae su café y se sienta con Joe. Es evidente que Joe no está acostumbrado a puros y las pasa moradas con el que fuma.)

Por la mañana y por la noche llegan los autobuses a la estación desde el hotel que hay en Bidwell..., y hay siempre muchos viajantes que esperan para tomar el tren..., y hay tipos que vienen de la sidrería y de la fábrica de escabeche..., y cuando los empleados de la estación acaban su turno en Pickleville, siempre vienen a comer aquí. Sí. ¡Hay mucho negocio...!

Gente de categoría, además. Procuramos siempre entretenerles cuando vienen aquí. Buena comida, buena animación... Ese es el secreto de nuestro éxito... ¡Igual que ahora!

(Joe se atraganta un poco y se precipita a coger el vaso de agua. Pero el padre no se da cuenta y, concentrado en su historia, se le adelanta, coge el vaso y bebe. Joe le mira consternado, pero el padre sigue.)

Si viene usted, le dan bien de comer y además le divierten, en cuanto se decida a salir de casa vuelve usted, ¿no es cierto?

JOE. Sí, supongo que sí. Pero ¿cómo los divierte?

PADRE. *(Incómodo.)* ¿Eh? ¡¡Hombre...!!

JOE. ¿Usted qué hace para entretenerlos?

PADRE. *(Débilmente.)* Bueno..., esto..., ¿cómo se llama...? Sí, sí, distraer, ¿qué cree usted...? Tome otra tacita de café, ¿eh? *(Joe levanta la mano negando y el padre chupa desesperadamente la pipa.)* ¿No? Como usted guste; como quiera... ¡Oiga! ¿Sabe usted que yo no he estado nunca en el negocio de restaurantes? ¡Ah, no..., no señor! Antes me dediqué al negocio de aves, antes de triunfar con este establecimiento... ¡Sí, señor! Yo era, por decirlo así, el rey de las aves. Sí... Teníamos un gran terreno: diez acres... Muy pedregoso, pero no estaba mal. A las afueras de Bidwell. En la carretera de Grigg. ¿Conoce el sitio?

JOE. No.

(Lee de nuevo el periódico disimuladamente. El padre se levanta a ponerse una taza de café y esta vez regresa con la cafetera y la pone entre los dos, encima de la mesa.)

PADRE. Pues sí, era un sitio estupendo. La idea fué de la costilla. ¡Estupenda mujer mi parienta...! ¡Muy lista! Nunca en mi vida hice nada hasta que la conocí. Eso fué cuando yo tenía... vamos a ver... ¡bueno!, alrededor de los... treinta años..., sí... alrededor de los treinta y cuatro años. Yo trabajaba para Tom Butterworth en la carretera de Bidwell. ¿Conoce usted a Tom?

JOE. ¡Oh! ¡Sé quién es...!

PADRE. ¡Estupendo tipo! Sí, señor, un tipo estupendo... *(Fuma.)* Me pagaba bien Tom. Yo hasta tenía mi cacharro y todo. Solía ir a la ciudad los sábados por la noche. La panda estaba siempre en el bar de Ben Head. Un grupo de sujetos estupendos..., sí, sí que lo eran. ¡Ya lo creo! Yo tomaba un vaso de cerveza o algo por el estilo y, de cuando en cuando, cogía la trompa. Yo no quería, no me gustaba... Me ponía siempre bastante malo. Pero ya sabe lo que pasa: los chicos se ponen a cantar y a dar golpes en la barra con los vasos y quieren que uno se tome una copa a cuenta de ellos. Ya sabe usted lo que pasa; no puede uno ser un aguafiestas; hay que hacer lo que la panda hace, ya se sabe... Bueno, sobre las diez solía volver a casa encontrándome bastante bien y cantando de vez en cuando. ¡Qué tiempos aquéllos... Sí, señor, ¡que tiempos!, y además de verdad.

(Suspira alegremente y sigue fumando perdido en sus

ideas. De pronto recuerda su deber de distraer al cliente. Sirve café en las dos tazas.)

¡Sí, señor...! ¡Sí, señor...! ¡Buen café! Y entonces me encontré a la parienta. Era maestra de escuela; además, era muy lista..., sí, muy lista. Hizo de mí un hombre... Sí, señor: hay que reconocerlo. Hizo de mí lo que hoy día soy... Me dijo que yo valía demasiado para ser un jornalero. Sí, no cabe duda de que es una ardilla. Yo era igual que cualquier otro tipo hasta que ella apareció: un culo de mal asiento. Tenía los ojos grises; y las mujeres de ojos grises son siempre inteligentes... Me sacó de la granja de Tom, me hizo vender el coche y me metió en negocios por mi cuenta: una granja avícola. Yo, aunque me esté mal el decirlo, entiendo mucho de eso. Sí, señor, por mis manos han pasado miles de huevos. Nadie conoce el negocio, aunque me esté mal el decirlo, mejor que yo... Se gana mucho dinero, además. La cosa no es difícil; lo que hay que tener es un buen puñado de gallinas y las gallinas ponen huevos y ya no hay más que incubar esos huevos y luego ocuparse de los pollitos, y los pollitos ponen otros huevos y no hay más que seguir ocupándose de los pollitos... ¿Ve usted? Eso es todo. La cosa va sola, como una rueda. Se gana mucha pasta.

JOE. Sí, supongo que sí. Pero hay mucha gente aquí que perdió un montón de dinero dedicándose a eso.

PADRE. Está usted en lo cierto. Se debe conocer el negocio, eso es todo. Hay que conocerlo de cabo a rabo. Es un negocio difícil si no se le conoce.

JOE. ¡Pero usted lo conoce...!

PADRE. ¡Ah, sí! Lo malo es el montón de cosas que pueden ocurrir en un gallinero. Salen del cascarón muy suaves y bonitas, eso sí..., como tarjetas de Pascua. Entonces se pone uno a pensar que va a tener un montón de gallinas en unos cuantos meses. Acto seguido pierden todas las plumas, van de un lado para otro desnudas y comen más grano y trigo que el que puede cultivarse en el estado de Ohio... Luego pescan enfermedades, como el moquillo y el cólera, y comienzan a hacerle guiños al sol y después se tumban patas arriba y mueren. Y si no las mata eso, se encargan de ellas las ratas y los ratones. Y si logra usted tener una gallina o un gallo que salgan adelante, mueren aplastados debajo de unas ruedas. Y si aún le queda alguna, hay que gastarse el dinero que quede en el insecticida "Cura maravillosa del cólera Wilmer". Y tiene usted, además, la coccidiosis.

JOE. *(Alerta al oír esto.)* ¿El qué?

PADRE. La coccidiosis. Es una enfermedad terrible. No se da uno cuenta de que la tienen hasta que empiezan a morirse a centenares. Nadie sabe qué hacer con la coccidiosis.

JOE. ¡Pero usted sí sabe qué tiene que hacer con la coccidiosis!

PADRE. ¡Sí! ¡Claro! ¡Enfermedad horrible! ¡Ni siquiera los veterinarios saben qué hacer con la coccidiosis!

JOE. ¿No?

PADRE. No. ¡Qué horrible enfermedad...! Y lo peor es que las gallinas siempre le hacen a uno concebir esperanzas. Tienen un aspecto tan animado, y luego se descubre que son estúpidas..., exactamente igual que las personas. Uno no sabe si las personas son mejor que las gallinas o las gallinas mejor que las personas... Escuche, ¿ha leído usted folletos sobre gallinas?

JOE. ¿Cómo?

PADRE. Escuche, ¿no ha leído usted nunca eso que escriben sobre la forma de ganar un millón de dólares con una granja agrícola de dieciséis dólares?

JOE. No.

PADRE. Bueno, pues no lo haga. No se crea las mentiras que publican esos tipos de las gallinas y de las incubadoras. No se ocupe de ellos.

JOE. Yo creía que usted había hecho dinero con eso.

PADRE. Quién, ¿yo? Bueno, yo diría que sí; claro que lo hice... ¡Naturalmente! Gané un buen montón. ¡Sí, señor! Fuí uno de los pocos que prosperaron. Pero ya ve usted, la costilla quería... ya sabe usted, ya lo sabe... Quería prosperar más, ya sabe lo que pasa y, además, teníamos al chico. Fué idea de la parienta. Empezó a pensar en el chico y en un sitio mejor donde educarle. De manera que reunimos nuestras cosas y pedimos un camión prestado a Al Gritt... ¿Conoce usted a Al?

JOE. ¡Cómo no!

PADRE. Un estupendo tipo Al. ¡Sí, señor! No hay nadie mejor. Nos dió su camión y amontonamos lo nuestro encima..., camas, mesas y cajas y sillas y platos y jaulas con gallinas vivas y el cochecito del niño. La parienta y el chico recogían lo que se iba cayendo... Sí, señor, una gran carga para un camión tan pequeño. Vinimos aquí..., invertimos nuestro capital en este sitio. Y, además, va de maravilla. Estupendamente, sí señor.

(Pausa. Joe lee. Padre, fuma y sonríe.)

Oiga, ¿sabe usted una cosa?

JOE. ¿Qué?

PADRE. ¿Qué le parecería a usted tener siete piernas y dos cabezas?

JOE. *(Ligeramente inquieto.)* No sé.

PADRE. ¿Le gustaría a usted ver a alguien que tuviera siete piernas y dos cabezas?

JOE. *(Incómodo.)* Bueno... Supongo que sí.

PADRE. ¡Aguarde! ¡Prepárese para la sorpresa más grande de su vida!

(Padre va detrás del mostrador y coge un cajón conteniendo botellas. Le enseña una por una a Joe, que se pone enfermo y se sienta cada vez más a disgusto.)

¡Ve usted! En una granja, cuando salen miles de gallinas de los huevos, hay muchas sorpresas. Cada mil huevos, surge algo maravilloso: un monstruo. ¡Aquí mismo hay uno! *(Le enseña una botella a Joe, que vuelve la cabeza.)* Lo malo es que no viven; es lo que más me irrita del negocio de las gallinas. Si yo pudiera hacer un gallo o gallina de un aborto de éstos lo podría

haber llevado a las ferias de los pueblos y haberme hecho rico. Cualquiera hubiera pagado dos duros de entrada por ver cosas de éstas, ¿no cree usted? Pero los tengo conservados aquí estupendamente, los tengo metidos en alcohol tal como eran. ¡Ahora va a ver usted cosa buena! No hay una colección como ésta en todo el mundo. ¡Mire ésta! ¿Eh? Y esta otra: cuatro alas. ¿Ha visto usted? *(Joe empieza a sentirse mal.)* Y mire aquí: ésta nació tal como está y vivió diez días. Y esta otra, una de las mayores maravillas del mundo: ¡siete patas y dos cabezas! ¿No es una joya? *(Joe se levanta bruscamente y va hacia la puerta.)* ¿Qué pasa? ¿Adónde va?

JOE. Creo que es mejor que salga y me informe de cuándo llegará el tren; de todos modos, me encuentro un poco mal.

PADRE. *(Acercándose a él, cogiéndole del brazo.)* Oh, ¡qué tonto...! ¡No se preocupe por pequeñeces como éstas! Son maravillas: no las vendería ni por mil dólares. ¡No, señor! En todos los restaurantes no le pueden enseñar cosas como éstas. *(Padre lleva a Joe hacia la mesa. Joe comienza a enfadarse y da muestras de desesperación.)* La parienta quiere que los tire, pero yo ni hablar. Son demasiado valiosos y a todo el mundo le gusta ver cosas extrañas y, al mismo tiempo, maravillosas como éstas.

JOE. Tal vez lleve usted razón. *(Se sienta otra vez enfurruñado.)*

PADRE. Solamente quería que estuviera usted a gusto. Tenemos a bien entretener a los clientes. ¡No hay un restaurante más alegre al oeste de Nueva York! *(Coge el vaso de Joe y va otra vez a la barra.)* Venga, tome otro café y un buen veguero, ¡paga la casa! Queremos complacer. *(Vuelve aprisa con un puro y se lo enciende a Joe.)* ¡Bueno, bueno...! Ahora... Oiga, ¿ha oído hablar usted de Cristóbal Colón? ¿No?

(Va tras el mostrador, sirve leche a Joe de una botella, vuelve con la taza a la mesa y le echa café.)

JOE. ¡Ya lo creo! *(No se esfuerza ya en ser amable.)*

PADRE. Bien, ¿qué opina usted de un hombre como ése? ¿Qué piensa de él?

JOE. Parece bueno, ¿no?

PADRE. ¿Bueno? ¿Eso es lo que cree usted? Pero si el hombre ése es un chiste, el tramposo más grande que ha habido. Nada más que un embustero y un estafador. Me pongo tan furioso cuando oigo hablar de él, que me dan ganas de quemar todas las escuelas. ¡Un estafador vulgar! Y además de enseñarles a los niños en las escuelas toda su vida, le hacen monumentos. —¡Gran hombre! ¡Vaya!—. Decía que podía poner un huevo en pie y luego va y casca un extremo del huevo. ¿Y ése es el hombre al que encargamos descubrir América para nosotros? Un estafador y un embustero, ¿no?

JOE. Puede ser.

PADRE. Pero *Yo* puedo poner un huevo en pie y no engaño a nadie; y a mí no me hacen monumentos, ¿no? Mi nombre no está en ningún libro de historia. Le digo a usted que no es justo. *(Coge un huevo de la bandeja que hay en la barra.)* Ve, aquí

hay un huevo; ¡ahora observe! Le hago rodar entre mis manos: mire, ¿ve? *(Va con excitación de un lado para otro.)* Yo sé un montón de cosas sobre huevos. Nadie sabe tanto como yo. Ahora, mire, mire con atención: ¡le voy a enseñar cómo hago yo lo que Colón el farsante no pudo! Vea, voy a poner un huevo en pie sin cascarlo. ¡Un truco de maravilla! Para hacerlo hay que saber todo sobre los huevos y la ley de la gravedad. Mire, tengo un montón de electricidad en las manos; la electricidad influye en las leyes de la gravedad del huevo, de tal modo, que el centro de gravedad en el huevo cambia, y entonces el huevo se mantiene en pie. Ahora mire, está listo; atención, espere, ¡mire!... Espere un momento.

(Padre pone el huevo en la barra varias veces y se cae siempre. Cuando al fin lo pone en pie, mira, levanta la vista y se encuentra que Joe lee el periódico.)

¡Mire! ¿Eh? El huevo, el huevo, el huevo de Colón, ¿eh? Kane! ¡Señor Kane!

(Joe mira, pero ya el huevo ha vuelto a caer. Se ríe un poco y vuelve al periódico. El padre está muy excitado. Fuma aprisa y se mete los dedos en el pelo. Durante el monólogo siguiente el pito del tren se oye dos veces, primero débilmente y luego cerca.)

Pero ¡hombre, oiga! Espere un momento. Voy a hacer algo para usted. *(Va detrás del mostrador y coge un cazo con vinagre y un huevo.)* ¡Aquí sí hay truco! ¡Vale la pena! Nunca habrá visto usted hacer esto en su vida. Si usted lo ve una vez, quiere verlo otra, y con usted luego vendrá el pueblo entero. En ningún otro sitio lo pasaría usted mejor. ¡Para eso estamos! ¡Para animar a nuestros clientes! ¡Un truco estupendo, completamente nuevo! Mire: ¡vinagre en este cazo! Este huevo lo trato con vinagre, ¡mire! Luego le haré pasar por el cuello de la botella. Cuando esté dentro otra vez parecerá un huevo corriente y se pondrá duro. Luego le regalaré a usted la botella y el huevo. ¡Sí, señor! Para eso estamos: para divertir. No cobramos nada. Puede llevárselo cuando se marche. Le preguntará a usted todo el mundo cómo metió el huevo dentro de la botella. Chitón y a callarse: deje que lo adivinen. ¡Huy! ¡Ya lo creo! Usted se puede divertir mucho con el truco éste.

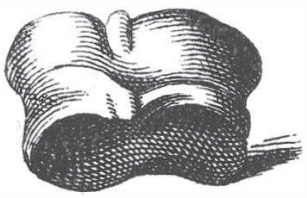
(Durante el monólogo, padre hace muecas y sonríe a Joe, que parece considerar a padre un lunático inofensivo, y lee el periódico. El padre coge el huevo del cazo con una cuchara y trata de meterlo por el cuello de la botella. Mientras lo hace murmura entre dientes y constantemente echa miradas a Joe para ver si está interesado en el asunto. El desinterés de Joe lo enfurece. Cuando el huevo está a punto de entrar en la botella, el pito del tren se oye otra vez, fuerte, al tiempo que el tren entra en la estación y para. Joe se levanta y va hacia la puerta. Luego se vuelve y mira al

anhelante y farfullador padre en el momento justo en que rompe el huevo y le salpica.)

JOE. *(En la puerta.)* ¡Ja, ja, ja! ¡Buen truco!

(El padre articula un extraño grito de fracaso y rabia. Coge otro huevo y va corriendo desde el mostrador a tirárselo a Joe, que escapa por la puerta con el tiempo justo. El huevo se rompe contra la puerta. El padre se abalanza por otro huevo, mudo de rabia. Descubre que ya no hay más y experimenta un cambio. Sus brazos caen. Echa un mirada desesperada alrededor suyo. Cierra la puerta de la calle sin echar la llave y apaga la lámpara de petróleo. Se da cuenta de que todavía tiene el huevo roto del experimento en la mano. Lo mira y lo pone sobre la mesa. Al hacer esto, la tensión en que estaba actuando se rompe, y con profundos pero tranquilos sollozos, se deja caer en la silla con la cabeza entre las manos. La madre, que ha escuchado a través de la pared durante el fin de la escena, entra en el restaurante sin hablar y pone sus brazos con ternura alrededor de los hombros del padre. Ahora los viajeros vienen del tren y pasan frente al restaurante como antes. El pito toca fuerte mientras el tren toma velocidad y jadea alejándose. La gente pasa delante del restaurante alegremente. Joe y su padre aparecen. Joe parece que está hablando y gesticulando sobre el hombre chiflado y los huevos. Los dos miran con curiosidad y divertidos dentro del restaurante mientras pasan. No se paran, y sus risas de fuera se mezclan con los sollozos de dentro.)

TELÓN



(Traducción libre directa de Medardo Fraile y Ramón Osset.)